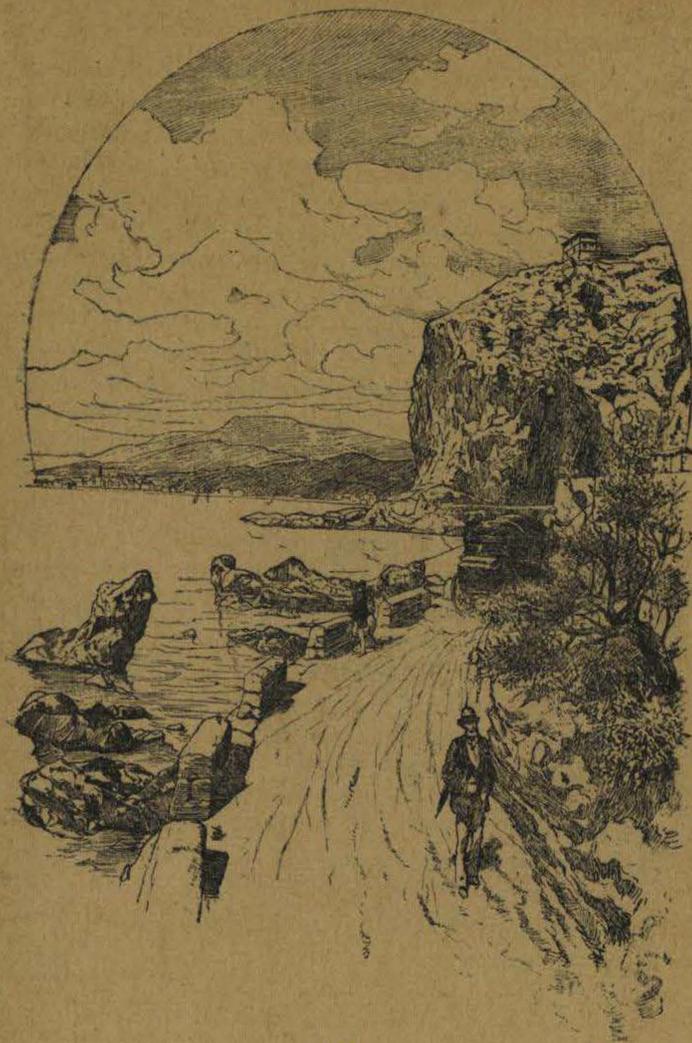


sino un pequeño anticipo para gastos de viaje y algunas deudas importunas en la vecindad. ¡Viva la Pepa! Tengo asegurada la fortuna. Voy á escribir al notario de Montbars que busque dinero con hipoteca de mi viña.



XXIV

EN BORDIGHERA

CONFORME había dicho M. Joyeuse en el despacho del juez de instrucción, Pablo de Géry regresaba de Túnez después de tres semanas de ausencia. Tres interminables semanas ocupadas en forcejear por entre las re-

des de intrigas, de tramas urdidas por bajo mano por el potente odio de los Hemerlingue, en vagar de salón en salón, de ministerio en ministerio, al través de aquella inmensa residencia del Bardo que agrupa en un solo recinto formidable, erizado de culebrinas, las dependencias todas del Estado puestas bajo la inspección directa del señor, ni más ni menos que su serrallo ó sus caballerizas. Á su llegada, había Pablo averiguado que el tribunal de justicia comenzaba secretamente á formar causa á Jansoulet, causa irrisoria, de antemano perdida: y los almacenes del Nabab en el muelle de la Marina cerrados, los sellos impuestos en sus arcas, sus buques amarrados sólidamente á la Goletà, una guardia de *chaouchs* en torno de sus palacios, anunciaban ya una especie de muerte civil, de apertura de sucesión que no había de dar lugar muy luego más que el reparto del botín.

Ni un solo defensor, ni un solo amigo en aquella trailla hambrienta. No había que pensar en tentativa alguna encaminada á arrebatarse su presa al Bey, á menos de un ruidoso triunfo en la Asamblea. Lo más que podía esperar de Géry era salvar algunos restos, y aun sin perder tiempo porque aguardaba de un momento á otro la noticia de la derrota completa de su amigo.

Púsose, pues, en campaña, aceleró sus gestiones con una actividad que no cejaba ni ante la faramalla oriental, esa refinada y dulzona cortesanía detrás de la cual se esconden la ferocidad, la disolución de costumbres, ni ante las sonrisas cándidamente indiferentes, ni ante esas posturas de abandono, esos brazos en cruz que, cuando no surte efecto la mentira humana, invocan el fatalismo divino. La sangre fría de aquel meridional impasible en quien se cifraban las exuberancias todas de sus compatriotas, le sirvió tanto por lo menos como su perfecto conocimiento de la ley francesa, de la cual viene á ser disfrazado remedo el código tunecino.

Á fuerza de habilidad, de circunspección, y á pesar de las intrigas de Hemerlingue hijo, muy influyente en el Bardo, consiguió por fin que se exceptuase de la confiscación el dinero prestado algunos meses antes por el Nabab, y de los quince millones, sustraer una decena á

la rapacidad de Mohamed. El día que había de serle entregada esa suma recibía de París por la mañana un telegrama que le participaba la invalidación. Corrió en seguida á palacio á fin de anticiparse á la noticia; y á la vuelta, pertrechada su cartera con los diez millones en letras sobre Marsella, cruzóse por el camino de la residencia con el carruaje de Hemerlingue hijo, cuyas tres mulas corrían á todo escape. El rostro del buho flaco irradiaba placer. Comprendiendo que á pocas horas más que permaneciese en Túnez corrían sus letras el riesgo probable de una nueva confiscación, fuése en derechura á tomar pasaje en un paquebot italiano que salía al día siguiente para Génova, pasó la noche á bordo, y no estuvo tranquilo hasta que vió desvanecerse detrás de él la blanca Túnez posada en el fondo de su golfo, y los penascos del cabo de Cartago. Al entrar en el puerto de Génova y dirigirse al muelle para atracar, el vapor pasó por cerca de un gran yacht en el cual, entre una porción de gallardetes, ondeaba el pabellón tunecino. De Géry experimentó una fuerte emoción, creyó por un instante que iban en su seguimiento y que tal vez al desembarcar habría de tener cuestiones con la policía italiana ni más ni menos que como un vulgar timador. Pero no, el yacht se columpiaba tranquilamente puesto al ancla, y sus tripulantes se entretenían en limpiar el puente y en repintar la sirena encarnada de la proa. Pablo no hizo más que atrevesar la ciudad de mármol, y emprendió el regreso por el camino de hierro que va de Génova á Marsella bordeando la costa, camino maravilloso en que alternan la oscuridad de los túneles y el deslumbramiento del mar azul, pero expuesto por su angostura á frecuentes accidentes.

En Savona, al hacer alto el tren, anuncióse á los viajeros que no podían seguir adelante, con motivo de haberse roto durante la noche uno de los tantos puentecillos echados sobre los torrentes que de la montaña bajan al mar. Había que aguardar al ingeniero, á los trabajadores llamados por telégrafo, perder allí tal vez medio día. Era por la mañana. La ciudad italiana comenzaba á despertar en una de esas alboradas brumosas que anuncian

fuertes calores para el día. Mientras los viajeros diseminados se refugiaban en las fondas, se instalaban en los cafés, y otros recorrían la ciudad, de Géry, contrariado por el retardo, buscaba manera de no añadir á lo perdido aquella docena de horas. Ocurriósele alquilar una de esas calesas de dos tiros que recorren el trayecto de Génova á Niza á lo largo de la Corniche italiana, viaje encantador que se permiten á menudo los extranjeros, los enamorados ó los jugadores afortunados de Mónaco. El cochero respondía de que llegarían á Niza muy temprano; pero aun cuando llegase á la misma hora del tren, á lo menos la impaciencia del viajero experimentaba el alivio de no tener que dar vueltas alrededor de un mismo punto, de sentir cómo á cada escape de rueda decrecía el espacio que le separaba de su anhelado objetivo.

¡Ah! No hay viaje comparable con el de un buen trote de cuatro caballos por la blanca carretera de la Corniche en una hermosa mañana de junio, á la edad de nuestro amigo Pablo, y con un corazón lleno de amor como el suyo. Á la izquierda, á cien piés, de abismo, el mar salpicando de espuma las curvas ensenadas de la costa, con esos horizontes de vapor en que se confunden el azul de las olas y el azul del cielo; velas rojas ó blancas diseminadas por su superficie en forma de ala tendida, esbeltas siluetas de steamers que dejan atrás á manera de un adiós leves copos de humo, y por las playas divisadas en las revueltas, pescadores, tamañitos como mirlos de roca, en su barca amarrada que parece un nido. Luégo el camino desciende, sigue una rápida pendiente, flanqueando una larga cadena de peñascos, de promontorios á pico. Hasta allí llega el aire fresco de agua, mézclase con el cascabeleo del atalaje, mientras que á la derecha, por la ladera del monte, encarámanse los pinos, las encinas de caprichosas raíces que brotan del árido suelo, con olivares de cultivo por los rellanos, hasta llegar á una anchurosa rambla blanca y cascajosa, ceñida de plantas que recuerdan el paso de las aguas, torrente desecado por el cual suben recuas de mulos de carga agarrándose con el casco á los guijarros resbaladizos entre los cuales se agacha una lavandera junto á una charca microscópica,

cuatro gotas que quedaron de la gran inundación del invierno. De vez en cuando la diligencia atraviesa la calle de una aldea, ó mejor, de una pequeña villa enmohecida por un sol exorbitante, de histórica vetustez, con las casas hacinadas estrechamente y unidas por sombrías arcadas, un intrincamiento de abovedadas callejas que trepan á pico con intervalos de luz perpendicular, con bocaninas en cuyo fondo se divisan enjambres de chiquillos cuyas cabezas orla rizada cabellera, con cestas de espléndidas frutas, y tal cual mujer que desciende por el áspero arroyo con el cántaro en la cabeza ó la rueca bajo el brazo. Luégo, al revolver de una esquina, el azul mariposeo de las olas y otra vez la inmensidad...

Pero á medida que el día avanzaba, el sol, remontándose por el firmamento, desparramaba, por el mar una reverberación deslumbrante acrecida por la blancura de las peñas y del suelo, por un verdadero jaloque de África que levantaba el polvo en espirales al paso de la diligencia. Llegaban ya á los sitios más calurosos, más abrigados de la Corniche, verdadera temperatura exótica que plantaba á granel las palmeras, los cactus, el aloes con sus elevados candelabros. Al ver aquellos troncos disparados al aire, aquella fantástica vegetación rasgando una atmósfera candente, al sentir cómo al paso de las ruedas crujía igual que la nieve el polvo cegador, de Géry, con los ojos semicerrados, alucinado por aquel mediodía de plomo, figurábase que volvía á recorrer otra vez aquel fatigoso camino de Túnez al Bardo tantas veces seguido entre un singular revoltijo de carretelas levantinas con libreas chillonas, dromedarios de largo cuello y morro colgante, mulos enjaezados, borricos, árabes andrajosos, negros semi-desnudos, funcionarios vestidos de gran uniforme con piquete de honor. ¿Había de encontrar nueva vez allá lejos, donde el camino cruza por entre jardines de palmeras, la extraña y colosal arquitectura del palacio del Bardo, sus celosías de apretada urdimbre, sus puertas de mármol, sus arabescos de madera labrada pintados de vivos colores?... No era el Bardo, sino la preciosa población de Bordighera, dividida, como todas las del litoral, en dos partes, la *Marina* sen-

tada en la playa, y la villa alta, enlazada con la otra por un bosque de palmeras inmóviles, de tronco perpendicular y cima en desmayo, verdaderos cohetes de verdura que listaban el azul con sus mil rendijas regulares.

El calor insoportable, los caballos completamente rendidos, obligaron al conductor á hacer un alto de un par de horas en una de esas grandes fondas que bordan el camino y que desde noviembre instalan en aquel pueblecillo maravillosamente abrigado la vida lujosa, la animación cosmopolita de una aristocrática estación de invierno. Pero en aquella época del año no había en la *Marina* de Bordighera más que pescadores invisibles á aquella hora. Las quintas, las fondas parecían muertas, con sus persianas y celosías cerradas. El recién llegado tuvo que atravesar una serie de largos corredores frescos y silenciosos hasta un gran salón de cara al Norte que debía formar parte de una de esas habitaciones completas que se alquilan por temporadas, y cuyas ligeras puertas comunicaban con otros cuartos. Reinaba una calma profunda en aquella gran fonda desierta, sin mayordomo, ni cocinero, ni camareros—la servidumbre no entraba en funciones hasta los primeros fríos—y entregada para los quehaceres domésticos á un marmitón de la tierra, entendido en los *stoffatto*, en los *risotto* y á dos estableteros que al llegar la hora de las comidas se ponían el frac, la corbata blanca y las botas del oficio. Por fortuna, de Géry no había de pasar allí más tiempo que el necesario para respirar una ó dos horas, para librar sus ojos de aquella reverberación de plata mate, y su entontecida eabeza del almete de dolorosa yugular que el sol le había puesto.

Desde el diván en el cual se tendió, el admirable paisaje, ribazos llenos de olivos esbeltos y vibradores, bosques de naranjos de matiz más oscuro con las hojas atestadas de movedizas luciérnagas, parecía como que descendiese hasta el pié de su ventana por escalones de verdor variado. salpicados acá y acullá de quintas blancas, entre ellas la del banquero Mauricio Trott la cual se distinguía por los ricos caprichos de su arquitectura y la elevación de sus palmeras. La morada del Levantino, cu-

yos jardines se extendían hasta el pié de las ventanas de la fonda, albergaba desde hacía algunos meses á una celebridad artística, al escultor Bréhat, gravemente enfermo del pecho, y que debía á aquella regia hospitalidad un aplazamiento de su fin. Aquel nombre de Bréhat que de Géry había oído pronunciar tantas veces con admiración en el taller de Felicia Ruis, evocó en su memoria el hermoso rostro de puras líneas que había entrevisto por vez postrera en el Bosque de Bolonia, reclinado en el hombro de Mora. ¿Qué habría sido de ella, pobre muchacha, una vez falta de aquel apoyo? ¿Valdríale en lo porvenir aquella lección? Y por singular coincidencia, mientras él pensaba en Felicia, frente á él, en la vertiente del vecino jardín cruzaba dando brincos por una verdede senda un gran galgo blanco. Era el verdadero retrato de Kadour, su mismo pelaje rapado, idéntica boca sonrosada, feroz y fina. Al través de la abierta ventana, asaltó la mente de Pablo un torbellino de visiones tristes y alegres. Tal vez el panorama espléndido que se desplegaba á sus ojos, aquel monte encumbrado por cuyas laderas, emperezándose por las quebraduras, corría una sombra azul, ayudaba al vagabundear de su mente. Debajo de los naranjos, de los limoneros alineados para el cultivo, doblados al peso del dorado fruto, extendíanse campos inmensos de violetas en estacadas simétricas y apretadas, cortadas por pequeños canalizos de riego cuya blanca piedra rasgaba los exuberantes verdes.

Subía un olor exquisito, de violetas amasadas con luz de sol, cálido perfume de camarín, enervante, debilitante, que evocaba en de Géry deliciosas visiones femeninas, Alina, Felicia, deslizándose al través del mágico paisaje, por aquella atmósfera cerúlea, por aquella claridad efísea que parecía como la fragancia hecha visible de aquella inmensidad de flores desplegadas... Un ruido de puertas le hizo abrir los ojos... Alguien acababa de entrar en el aposento vecino. Oyó el roce de un vestido con el delgado tabique, el volver de una hoja en un libro que probablemente se leería sin gran interés, porque de pronto le sobresaltó un prolongado suspiro con modulación de bostezo. ¿Dormía? ¿soñaba aún? ¿No era el grito del «cha-

cal en el desierto» lo que acababa de oír, tan en armonía con la temperatura asfixiante y abrasadora del exterior?... No, había sido ilusión... Volvió á dormirse; y aquella vez las imágenes confusas que le asediaban se concretaron en un sueño, pero qué sueño...

Hacia con Alina el viaje de boda. Una desposada deliciosa. Pupilas claras, radiantes de fe y de amor, que no conocían, no miraban más que á él. En aquella misma sala de fonda, al otro lado del almohadón, estaba sentada la gentil muchacha en traje blanco de mañana que olía á violeta y á fino encaje de canastilla. Almorzaban. Uno de esos almuerzos de viaje de boda, servidos al saltar de la cama frente al mar azul, al límpido cielo que azulean el vaso en el cual se bebe, los ojos que se miran, lo porvenir, la vida, el claro ambiente. ¡Oh! qué bien se estaba, qué luz divina, rejuvenecedora! ¡cuán dichosos eran!...

Y de pronto, en pleno besuqueo, en plena embriaguez, Alina se ponía, triste. Las lágrimas empañaban sus hermosos ojos. Y le decía á él: «Felicia está allí... Ya no me amaréis...» Y él se refa: «¿Felicia aquí?... Qué ocurrencia! —Si, sí... Está allí...» Temblando, mostrábalé el aposento vecino del cual salían ladridos furiosos revueltos con la voz de Felicia: «Aquí, Kadour... Aquí, Kadour...» la voz baja, concentrada, enfurecida de alguien que se ocultaba y se ve bruscamente descubierto.

Despertó con sobresalto el enamorado, y se encontró en su cuarto solitario, frente á un almohadón vacío, con su hermoso ensueño huído por la ventana á la alta colina que la ocupaba toda entera y que parecía como que se le viniese encima. Lo único positivo eran los ladridos de un perro y golpes precipitados que sacudían la puerta de la pieza contigua.

—Abrid, soy yo... soy Jenkins.

Pablo dió un salto, lleno de estupor. ¿Jenkins allí?... ¿Por qué milagro?... ¿Á quién se dirigía?... ¿Qué voz iba á contestarle?... Nadie contestó... Oyóse un tenue paso que se llegaba á la puerta, y chirrió nerviosamente el pestillo.

Por fin os hallo, exclamó el irlandés entrando...

Y en verdad que sin la precaución de anunciarse él

mismo, con dificultad habría puesto Pablo en nombre del acaramelado doctor aquel acento ronco, brutal, violento que oía al través del tabique.

—Por fin os hallo después de ocho días de pesquisas, de carreras desde Génova á Niza, desde Niza á Génova... Sabía que no estabais fuera aún, puesto que el yacht está anclado... Iba á registrar todas las posadas del litoral cuando me acordé de Bréhat... Me figuré que de paso el harfais una visita... De allí vengo... Por él sé que estáis aquí.

Pero ¿con quién hablaba? ¿Por qué aquel singular empeño en no contestarle palabra? Por fin, una suave voz apagada que Pablo conocía perfectamente hizo vibrar á su vez el aire pesado y sonoro de la ardorosa tarde.

—¡Y bien! sí, Jenkins, aquí estoy... ¿Y qué?

Al través de la pared Pablo veía la boca desdeñosa, caída con un pliegue de mal humor

—Vengo á impedir vuestra marcha, que cometáis esta locura.

—¿Qué locura? Tengo encargos en Túnez... He de ir por fuerza.

—Es que no habéis calculado bastante, hija mfa...

—¡Bah! dejémonos de paternidades por el estilo, Jenkins... No falta quien sabe lo que hay debajo... Hablad, pues, como al entrar... Prefiero ver en vos al perro de presa que al faldero. No me da tanto miedo.

—¡Pues bien! os digo, os repito que es menester que estéis loca para iros á donde váis, sola, joven y bella como sois ..

—¿Es que no estoy sola siempre?... ¿Os parece si tenía que llevarme á Constanza, á la edad que tiene?

—¿Y yo?

—¿Vos?—Felicia moduló esta palabra con una risa llena de ironía—¿Y París?... ¿Y vuestros clientes?... ¿Privar á la sociedad de su Cagliostro?... Pues no faltaba más.

—Pues, con todo ello, vengo decidido á seguiros á donde quiera que vayáis... replicó Jenkins resueltamente.

Reinó un momento de silencio. Pablo se preguntaba si era digno de él espiar aquella disputa que aparecía preñada de revelaciones terribles. Pero aparte del cansan-

cio, clavábale en su asiento una curiosidad invencible... Parecía que el enigma atractivo que le había preocupado y conturbado tanto tiempo, que sujetaba aún su espíritu con la punta de su velo de misterio, iba á hablar, á descubrirse, á mostrar á la mujer perversa ó dolorida que se ocultaba en la artista mundana. Así permanecía inmóvil, aguantando la respiración, hasta sin necesidad de parar el oído; porque los otros, creyéndose seguros en la fonda, dejaban subir el tono á sus pasiones y á sus voces sin freno alguno.

—En suma, ¿qué es lo que queréis?

—Os quiero á vos...

—¡Jenkins!

—Sí, sí, lo sé: me tenéis vedado que profiera delante de vos semejantes expresiones: pero otros que no son yo os las han dicho y desde más cerca todavía...

Dos pasos nerviosos la acercaban al apóstol, ponían al alcance de aquella ancha faz lujuriosa el sofocado desdén de una respuesta.

—¡Y aun cuando así fuese, miserable! Si no he sabido defenderme del hastío y del aburrimiento, si he rendido mi orgullo, ¿sois vos por ventura quien puede echármelo en cara? Como si no fuérais vos la causa, como si no hubiérais mancillado, agostado por siempre más mi vida...

Y tres palabras rápidas y de fuego hicieron cruzar por delante del aterrado de Géry la horrible escena de aquel atentado cubierto de afectuosa tutela contra el cual habían tenido que luchar durante tanto tiempo la memoria, la mente, los sueños de la joven, y que había dejado en ella la incurable tristeza de un pesar prematuro, el descaecimiento de la vida apenas empezada, ese surco en un rincón de los labios que parece la huella visible del caer de la sonrisa

—Os amaba... Os amo... La pasión no respeta nada.. respondió Jenkins sordamente.

—¡Y bien! entonces, si esto os divierte, seguid amándome... En cambio yo os odio, no tan solamente por el daño que me habéis causado, por cuánto habéis matado en mí de creencias, de energías de buena ley, pero además porque representáis para mí lo que hay de más re-

pugnante, de más asqueroso bajo la capa del cielo, la hipocresía y el engaño. Sí, en esa mascarada humana, en esa cáfila de falsedades, de muecas, de convenciones indecorosas y cobardes que me han descorazonado hasta el punto de obligarme á huir, vuestra careta, la vuestra ¡oh sublime Jenkins! es la que me da más horror. Habéis complicado nuestra hipocresía francesa, hecha toda de sonrisas y de cumplidos, con vuestros fuertes apretones de mano á la inglesa, vuestra lealtad cordial y expresiva. Todo el mundo ha caído en el lazo. Os llaman el honrado, el buen Jenkins. Pero yo os conozco, ¡oh dechado de virtud! y á pesar de vuestra hermosa divisa enarbolada descaradamente en los sobres de vuestras cartas en vuestro sello, en los gemelos de los puños, en el forro de los sombreros, en las portezuelas de vuestro carruaje, veo siempre en vos al bribón que lleváis dentro y que irrumpe por todos los resquicios de vuestro disfraz.

Su voz silbaba por entre sus dientes apretados por una increíble ferocidad de expresión; y Pablo esperaba de parte de Jenkins un raptó de furor que hacían natural tantos ultrajes. Nada de ello. Aquel odio, aquel desdén, viniendo como venían de la mujer amada, debían de producirle más dolor que cólera, por cuanto respondió en voz baja y en tono de consternada dulzura:

—¡Oh! sois bien cruel... Si supiérais el daño que me hacéis... Hipócrita; si, es cierto, pero no por gusto ni de nacimiento... Las contrariedades de la vida obligan muchas veces á hacer lo que no se quiere... Dad la culpa á lo desgraciado de mis comienzos, á las malas condiciones de mi entrada en el mundo, pero convenid á lo menos en que hay algo en mí que no ha mentido nunca: mi pasión!... Nada ha bastado á vencerla, ni desdenes, ni insultos, ni cuanto leo en vuestros ojos que ni una vez tan sólo, en tantos años, me han mirado sonriendo... Oíd. Me dijisteis un día que necesitabais un marido, álguien que velase por vos durante vuestro trabajo, que relevase de su guardia á la pobre Crenmitz harta quebrantada ya. Son vuestras propias palabras, las cuales me desgarraban entonces el alma porque no era libre. Hoy es otra cosa. ¿Queréis casaros conmigo, Felicia?

—¿Y vuestra esposa? exclamó la jóven á tiempo que Pablo se hacía igual pregunta

—Mi esposa ha muerto.

—¿Muerta?... La señora Jenkins., ¡Es posible!

—La de que hablo no la habéis conocido. La otra no es mi mujer. Cuando me uní con ella, estaba ya casado en Irlanda... Hacía muchos años... Un matrimonio horrible, contraído á viva fuerza... ¡Ah! hija mía, á veinticinco años me encontré con el dilema siguiente: ó la prisión por deudas, ó la señorita Strang, una mala vieja barrosa y con gota, hermana de cierto usureo que me había prestado quinientas libras para subvenir á los gastos de mi carrera... Había preferido la cárcel; pero á fuerzas de semanas y de meses sentí ceder mi valor y casé con la señorita Strang quien me trajo en dote... mi pagaré. Figuraos cuál había de ser mi vida entre aquel par de monstruos que se adoraban. Una mujer celosa, impotente. Un hermano que me espiaba, que seguía todos mis pasos. Podía huir; pero me detenía una cosa.. Decías que el usurero era inmensamente rico. Quería por lo menos percibir el precio de mi vileza... ¡Ah! ya veis que os lo cuento todo, todo... Por lo demás, cara, bien cara me costó la broma. El viejo Strang murió insolvente: jugaba, se había arruinado, sin decirlo... Entonces metí los reumatismos de mi mujer en una casa de curación y me fui á París... Vuelta á empezar la vida, lucha y miseria otra vez. Pero tenía á mi favor la experiencia, el odio y el menosprecio por los hombres y el goce de la libertad, porque no creía que, aun de tan lejos, el horrible grillete de mi maldito enlace hubiese de dificultar mi marcha... Afortunadamente, todo ha concluido, soy libre ya...

—Sí, Jenkins, libre... Pero entonces, ¿por qué no hacer vuestra esposa de la mujer que ha compartido durante tanto tiempo vuestra existencia, y á quien hemos visto siempre tan buena, tan cariñosa...

—¡Oh!... prorrumpió Jenkins en un raptó de sinceridad, entre mis dos presidios creo que preferiría el otro, porque en él podía mostrar abiertamente mi indiferencia ó mi odio... Pero la comedia atroz del amor conyugal, de una dicha sin cansancio, cuando hace tanto tiempo que

no amo más que á vos, que no pienso más que en vos... No cabe imaginar en la tierra suplicio más cruel... Si he de juzgar por mí, la infeliz, en el momento de la separación ha debido de dar un ¡ah! de satisfacción y de alegría. Es el único adiós que esperaba de ella...

—¿Pero quién os obligaba á violentaros hasta tal punto?

—París, la sociedad, la gente... Casados en el concepto público, por él estábamos sujetos...

—¿Y por ventura no lo estáis igualmente?

—Es que hoy hay algo que está por cima de todo, y es la idea de que os pierdo, de que no os veré más... ¡Ah! cuando supe vuestra fuga, cuando vi encima de vuestra puerta el letrero: «SE ALQUILA» sentí que era ya fuerza acabar con mis muecas y mis farsas, que no me quedaba sino huir, lanzarme en seguimiento de mi ventura que huía con vos. Os ibais de París, fuíme yo también. En vuestra casa se vendía todo: todo va á venderse en la mía.

—¿Y ella?... insistió Felicia temblando de cólera... Ella, la compañera irreprochable la honrada mujer libre hasta de la calumnia, ¿qué hará? ¿á donde irá?... Y venís á proponerme que ocupe su puesto... Un puesto robado, ¿y en qué infierno!... Y en este caso ¿qué hacemos de vuestra divisa, honrado Jenkins, virtuoso Jenkins? El bien sin esperanza, viejo de mi alma.

Á aquella risa cimbrante como un latigazo y que marcaría su semblante con roja huella, contestó Jenkins jadeando:

—Basta... basta... no os burléis de mí de esta manera... Es demasiado horrible... ¿No os conmueve ni en poco ni en mucho el veros amada como os amo yo, al ver que os lo sacrificio todo, fortuna, honor, consideración? Vamos, miradme... Por sujeto que estuviese mi antifaz, por vos me lo he arrancado, me lo he arrancado públicamente... Y si no, ¡mirad! ahí está el hipócrita...

Y oyóse el sordo ruido de dos rodillas al chocar con el pavimento. Y balbuciente, loco de amor, rendido á sus plantas, suplicábale que consintiese en aquel matrimonio, que le concediese el derecho de seguirla á todas partes, de defenderla: luégo faltábanle las palabras,

ahogábanse en un apasionado sollozo, tan profundo, tan desgarrador... Pero Felicia no se enterneció, y en el mismo tono altanero: «Acabemos, Jenkins, dijo bruscamente, lo que pedís es un imposible... No hemos de ocultarnos cosa alguna, y después de las revelaciones que acabáis de hacerme, quiero hacerlos una que repugnará á mi orgullo pero que exige vuestro encarnizamiento... He sido la querida de Mora.

Pablo no lo ignoraba. Pero aun así, era tan triste semejante confesión hecha con aquella voz nítida, en aquella atmósfera embriagadora de azul y de perfumes, que se le oprimió el corazón y sintió en la garganta ese dejo de lágrimas que causa un pesar inconfesado.

—Lo sabía, repuso Jenkins en voz apagada... Ahí traigo las cartas que le escribíais...

—¿Mis cartas?

¡Oh! tomadlas. os las devuelvo. Á fuerza de leerlas una y otra vez, me las sé de memoria... Y cuando se ama, esto es lo que mata... Pero ya me habéis acostumbrado á sufrir. Cuando pienso que yo...—Se detuvo. Se ahogaba... —Que yo era el que había de proporcionar el combustible de vuestro fuego, calentar á aquel amante de hielo, mandároslo enardecido, rejuvenecido... ¡Ah! aquello era engullir perlas... En balde yo decía: basta; él siempre más, más... Por fin no pude aguantar... ¡Ah! quieres arder, miserable. ¡Pues bien! arde...

Pablo se levantó aterrado. ¿Iba acaso á ser confidente de un crimen?

Pero no hubo de sufrir la vergüenza de oír el resto.

Un golpe violento, dado en su propia puerta, le avisó que la diligencia iba á marchar.

—¡Eh! signor Francese...

En la pieza vecina reinó un silencio profundo, luego cuchicheos... Allí, cerca de ellos, había alguien... que les estaba escuchando... Pablo de Géry bajó precipitadamente. Tardábale el momento de encontrarse fuera de aquel cuarto de fonda, de escapar á la obsesión de tanta infamia revelada.

Al emprender su marcha la silla de postas, por entre las bastas cortinas blancas que flotan en el Mediodía en

todas las ventanas, divisó un rostro pálido con cabellos de deidad y unos grandes ojos de fuego que estaban en acecho. Pero una mirada al retrato de Alina hacía huir rápidamente la conturbadora visión, y curado por siempre de su antiguo amor, viajó hasta el anochecer al través de un campiña mágica con la gentil desposada del almuerzo quien se llevaba entre los pliegues de su modesto vestido, de su manteleta de muchacha, las violetas todas de Bordighera.

